NUEVOS Y VIEJOS MOVIMIENTOS SOCIALES A PARTIR DE LA PANDEMIA

Pedro Ibarra Güell
UPV/EHU y Fundación Betiko

El escenario de la pandemia[1]

1. Introducción

Se trata analizar hasta qué extremo la pandemia ha reforzado o puede reforzar el inicio de unas experiencias y también procesos de movilización social de la década anterior al inicio de la pandemia, caracterizados no solo por prácticas organizativas y de acción poco convencionales, poco cercanas a los movimientos sociales ya establecidos, sino sobre todo por la búsqueda de transformaciones totales. Son movimientos que quizás a partir de una reivindicación sectorial articulan un conjunto de demandas que en última instancia implican una transformación profunda de la sociedad y de la política. El caso más conocido es el del 15M, pero en recientes años se han dado movilizaciones que de alguna forma estaban orientadas en esta línea, en este modelo emergente de movilización social. Más exactamente, se trataría de ver hasta qué extremo en la pandemia se ha "avivado" el modelo; si hay más razones,

[1] Las publicaciones sobre los efectos sociales de la pandemia son, a estas alturas, muy abundantes. Por eso, optaré por una selección muy restringida. Así, ver: Innerarity (2020); Conversi (2020); Gabilondo (2020); Alba Rico (2020); Apraiz, Hernandez-Abaitua y Etxeandia (2020); Della Porta (2020); Davies (2020); VV.AA. (2020); Ramonet (2020) y Žižek (2020).

coyunturas más apropiadas, más gentes comprometidas o, por el contrario, el modelo no aumenta en sus posibilidades de acción y aun hasta disminuyen las mismas. Lo ocurrido hasta ahora quizá no dé para construir la categoría de modelo. En todo caso, al final volveré a hacer una nueva reflexión sobre esta cuestión.

Analizaré básicamente dos dimensiones, dos condicionantes: 1) hasta qué extremo aparecen nuevas convicciones, nuevas culturas sociales desde la pandemia que reorientan la movilización; 2) hasta qué extremo el fenómeno de la pandemia ha cambiado las estructuras de oportunidad política en términos de hacer más posible –o no– respuestas alternativas.

En todo caso, debo decir –como reserva previa– que prácticamente todo el texto que sigue está escrito en los primeros meses de la pandemia. Desde el mes de marzo hasta el inicio del verano. Podría decirse que era una etapa en la que todo estaba abierto, todo estaba por definir, todo estaba por elaborar. El desconcierto y las respuestas espontáneas daban pie para imaginar y aun elaborar nuevas, emergentes, respuestas sociales.

Sin embargo, el desarrollo de los acontecimientos (redacto este texto a inicios de 2021) ha demostrado que esa “ilusión” por la aparición de repuestas colectivas alternativas ha ido menguando. Situados en el invierno hay bastantes más elementos para evaluar con más rigor lo que está ocurriendo. Y esta evaluación lleva a escenarios y propuestas de posibles cambios más moderados. Diría que, a corto y medio plazo, la estrategia de movilización dominante más allá de deseos, radicalidades, cambios culturales, etc. es la de lograr la supervivencia. Y, para ello, también parecería que la movilización dominante habrá de ser o será la convencional. Aquella que busca la recuperación de la normalidad. De la normalidad de este, y no otro, sistema.

2. Los primeros meses

Nos cuentan cómo y hacia dónde salir del escenario de desolación de la postcrisis. Así, en síntesis, por un lado está

presente el relato de cómo salir de la crisis manteniendo el sistema. Es decir, el relato en favor de recuperar la normalidad; más o menos, recuperar lo de antes. Por otro lado, cómo salir de la crisis cambiando el sistema para que, entre otras razones, futuras crisis no tengan efectos tan devastadores y, sobre todo, tan desiguales. Esto es, cómo podría ponerse en marcha un proceso de movilización social dirigido hacia la constitución de una sociedad sustancialmente distinta. Un cambio en el cual la producción y distribución –el mercado– capitalista así como la democracia vaciada vayan cediendo paso a una sociedad construida sobre el protagonismo operativo de lo común –y de lo público– en todas las dimensiones sociales y políticas. Una vida social asentada desde y para la igualdad y solidaridad.

Lo que sigue va de este segundo relato. Es un intento de evaluar las –al menos– posibilidades de que aparezca y se desarrolle con cierta operatividad una movilización como la descrita.

Para arrancar, resulta muy posible que en este escenario postcrisis se produzcan acontecimientos colectivos sociales que constituyan por sí mismos *un momento* que cuestione el sistema. Me refiero a esos eventos donde, más allá de la demanda del colectivo correspondiente, es el acto, el acontecimiento por sí mismo el que expresa la exigencia de regeneración radical –*completa*– de la democracia. Concentraciones y movilizaciones físicas en las que aparece no tanto un programa reivindicativo sino una afirmación simple y contundente de denuncia del todo existente y exigencia de un todo radicalmente distinto. Surgen grupos con exigencias cuyo contenido rompe la razón y, al tiempo, la “razonabilidad” del sistema democrático *real.* El acontecimiento elimina en su formulación –rechaza– los requisitos, limitaciones y exclusiones hoy constitutivos de la democracia vaciada, establecidos contra la plenitud del ejercicio de la voluntad ciudadana democrática. Y no se aceptan exclusiones, porque es *el* sistema el que debe ser cambiado.

Un acontecimiento de estas características *puede ser* el momento naciente –un factor detonante– de un proceso de confrontación totalizador. Asimismo, puede ser autónomo *o*

estar ligado –o dentro– a un preexistente o también naciente movimiento social con pretensiones de continuidad en el que opere ya de alguna manera esa voluntad *totalizante.*

¿Cuándo hay condiciones adecuadas para el surgimiento de estos momentos o a veces –luego– *movimientos*? ¿Cuáles son las coyunturas que favorecen estas *explosiones*? Las crisis generan estos acontecimientos, estas respuestas de ruptura. Son coyunturas en las que el desprecio material, económico, social y político del sistema frente a sus súbditos resulta ya insoportable. Dado que las políticas de austeridad suelen ser un escenario clásico, *qué duda cabe de que la miseria que se avecina a partir de la crisis pandémica va a incrementar esa situación de insoportabilidad.*

Sin embargo, este escenario por sí mismo no provoca, de forma universal –*todos quieren el cambio*–, acontecimientos como los descritos. Puede haber respuestas de exigencia de cambios sustanciales, pero las respuestas mayoritarias también pueden y *suelen ser* de ordenada y razonable movilización en la búsqueda de recuperar la normalidad. Esto es, en establecer las condiciones de vida y el sistema de reparto de bienes y rentas, de asignaciones de trabajo y de decisiones políticas hasta ahora existentes (las anteriores a la crisis/pandemia).

El normal… para algunos. Vivimos en una sociedad dividida. De un lado están aquellos que están dentro del sistema, que viven dentro de sus beneficios y que, además, creen que pueden seguir ahí sobreviviendo y aun mejorando en la medida en que se muevan dentro de él y de sus normas. De otro, aquellos que se han quedado fuera del sistema: parados, precarios, las mujeres (en especial cuidadoras) disidentes, emigrantes, extensos sectores juveniles, grupos marginales, etc., progresivamente han adquirido la conciencia de que no es posible entrar en el espacio sistémico. Una conciencia justificada. La desigualdad, la exclusión no se entiende dentro del sistema como una crisis que debe ser “arreglada” sino como algo constitutivo –eterno– del mismo.

La opción de estos otros –lo de fuera– es la presión obviamente desde fuera contra el sistema como tal. Eso quiere decir que

esos acontecimientos, movimientos, pueden surgir, y de hecho surgen, desde la conciencia colectiva de quienes están fuera. *No solo de ellos,* pero sí principalmente. Acumulan razones para no jugar dentro porque saben que es jugar en un escenario con unas condiciones, reglas y *horizontes* que no están hechos para ellos. Ni lo van a estar. Tienen que jugar desde fuera, desde la solidaridad dirigida a construir lo común alternativo. *No* tienden a optar por la reivindicación individual, la que proviene de la oferta del sistema, la de "Búsquese usted su vida dentro de nosotros, que nosotros arreglaremos su caso". La consideran inútil. Pero su opción por la lucha solidaria, por la búsqueda de lo común en la organización de la confrontación y en los resultados que se buscan no obedece solo a un cálculo individual; en los que protagonizan estos momentos o acontecimientos existen experiencias y convicciones solidarias.

Esta posición de rechazo a intentar acceder al sistema implica una conciencia social, unas convicciones mínimamente elaboradas y no evidentemente asumidas por el conjunto de los de fuera. Aunque muchos de estos ciudadanos, en última instancia eligen la opción individualista –por otro lado dominante– en la sociedad. "Usted, Estado, me tiene que dar a mí algo que me permita seguir sobreviviendo". Y punto.

Tienen *mejores posiciones* respecto al uso de las oportunidades. Ese gran sector marginal de la población está afectado especial y desigualmente por las consecuencias de la pandemia (la pandemia no es igual para todos). Parecería que su dramática vivencia les exige o, al menos, les conduce a conocer más a fondo las causas de su situación, de entender las raíces sistémicas de esa desigual virulencia. Por tanto, están también en mejores condiciones –las oportunidades aparecen más claramente– de entender que la solución pasa por la eliminación de las actuales raíces del sistema y su sustitución por otro sustancialmente distinto.

En ellos resulta más *impactante* la visibilización de la crisis y, a través de la misma, de la injusticia, la desigualdad y la insostenibilidad del sistema al tiempo que hace aparecer como deseable –y *también más comprensible*– la búsqueda de un

horizonte distinto. La pandemia demuestra que la crisis medioambiental está siendo provocada por el desarrollo energético e industrial; que, a través del fracaso de la gestión pública de la salud, la vida está siendo supeditada al interés privado; que una alimentación adecuada y extendida para todos está siendo también limitada, supeditada, reducida y falsificada por el sistema de producción y distribución capitalista alimentario; la desigualdad de género existente, a través, entre otras cosas, por el papel central que están llevando las mujeres en el cuidado; que el sistema siempre acaba resolviendo los problemas de desigualdad y de marginación a través del ejercicio de autoritarismo y la crisis como opción estratégica de su mantenimiento. La crisis demuestra la miseria del mercantilismo como el eje en torno al cual se articula la vida social, generando una medida de las cosas en la que no encuentran lugar otras referencias y otros valores –que no sean los del mercado– sobre los que sustentar la convivencia humana.

La crisis y la postcrisis generan las oportunidades culturales descritas. La convicción sobre la necesidad de la transformación sustancial del sistema adquiere mayor densidad y racionalidad. Además, aunque no siempre, vivirse *más* herido, marginado, vulnerado añade más fuerza a ese deseo –ahora también convicción– de transformar el mundo.

La epidemia también ha demostrado, a través de la aparición de diversas redes de solidaridad, que existe una cultura solidaria activa que no solo funciona a nivel militante en organizaciones estables, sino que es capaz de ponerse en marcha tanto en momentos de crisis como en momentos de confrontación generalizada.

Señalo, por ejemplo, la aparición de un cierto sentimiento intuitivo –más emotivo que racional– en muchos sectores y clases de la sociedad en el sentido de: “¿Qué es lo que nos ha ocurrido? Lo que nos ha pasado tendría que hacernos pensar que deberíamos vivir de forma distinta frente al consumo, frente a la naturaleza, frente a la relación con los otros, frente a lo común, etc.”. Son intuiciones que no tienen por qué derivar hacia opciones alternativas racionales. Sin embargo, con las

mismas se hace más comprensible, más cercano y aún más merecedoras de apoyo aquellas propuestas de movimiento o movimientos que formulan –ahora ya con razones concretas– propuestas de cómo vivir en y desde lo común.

Es cierto que la cultura dominante más presente entre los que están –o creen estar– dentro del sistema es la individualista. Habría que preguntarse si existe, a lo mejor de forma más extensa de lo que parece, esa cultura –*en realidad memoria*– solidaria… también en el seno de los que están dentro. Si así fuese, estos movimientos prácticamente orientados hacia objetivos antisistémicos podrían recibir apoyo de otros sectores de la sociedad.

En una sociedad como la nuestra y como la que va a surgir en los próximos tiempos, el miedo va a seguir teniendo un papel relevante. Ese miedo que conduce a confiar solo en las soluciones individuales y en la idea de que solo lo establecido por el poder resolverá los –*mis*– problemas. Es decir, solo son posibles las soluciones a partir del "esfuerzo" individual. Discurso dominante, práctica social equivalente y conciencia solitaria.

El miedo, acompañado de la cultura (casi ya ideología) de la incertidumbre, que se expresa no solo en no saber qué es lo que va pasar sino en no tener ninguna certeza –ninguna– de que se vaya a lograr algo optando por una movida colectiva. Incertidumbre, inseguridad, miedo. O sea, *lo que usted diga, haga… y mande*. O sea que nos encontramos, por tanto, con una barrera cultural muy activa que hace difícil, a pesar de actuales mejores oportunidades, el apoyo al salto hacia la movilización colectiva marcada por la solidaridad y la búsqueda de lo común, de lo compartido.

Esta coyuntura pandémica también ha incrementado la producción del virus de la estupidez. Un virus más de la red descrita con los que se retroalimenta, conduciendo –*protegiendo*– las actitudes antes descritas. ¿Cómo opera el virus de la estupidez? A través de una conducta frecuente. Gentes en la calle exigiendo libertad para no estar confinados, para hacer la vida social, el ocio, etc. que les dé la gana y, por

tanto, exigiendo libertad para poder contaminar a los otros pero también a ellos mismos. Habría que dar por supuesto que no son gentes partidarias de liquidar, a través de la contaminación, a sus semejantes aun cuando los consideren semejantes inferiores. Por tanto, hay que interpretar que son tan ignorantes que no se dan cuenta de algo tan obvio como que el ejercicio de la libertad que ellos demandan conduce a la liquidación de los otros. Hay que ser muy estúpido para no darse cuenta de tan objetiva y contundente relación de causa y efecto. Pero parece que este virus es suficientemente poderoso tanto para generar y disfrazar estas conductas como para alimentar a esas infecciones de individualismo, egoísmo y desprecio a los otros generado por los otros virus. También se puede considerar que, al darles la posibilidad de acción exterior, su función será sus soledades. Un invento idiota pero que, parece… consuela.

No es cuestión ahora de poner nombres a los laboratorios que producen estos virus. Son *muy conocidos*. Lo que sí ha de resaltarse es que la coyuntura pandémica favorece su extensión y que son recibidos no con resignación sino, en muchos casos, hasta con entusiasmo por parte de relevantes sectores de la población.

Pero también**, afortunadamente**, se ha dado –se está dando– el proceso inverso. La epidemia ha demostrado, a través de la aparición de diversas redes de solidaridad, que existe una cultura solidaria. La que proviene de nuestra naturaleza empática y social que es capaz de ponerse en marcha en momentos de crisis, de coyunturas como las que estamos viviendo que evidencian la necesidad de respuestas colectivas dirigidas a cambios sistémicos marcados por el establecimiento de la igualdad solidaria.

Lo emergentes movimientos/acontecimientos tienden a evolucionar hacia movimientos sociales con procesos de lucha organizados y estables. Bien hacia la construcción de nuevos movimientos que adquieren un peso protagonista en la confrontación social, bien a través de la incorporación en redes y movimientos sociales preexistentes y su orientación hacia estos horizontes de transformación. Parecería más probable

este segundo escenario. Entre otras razones, porque en y entre los viejos movimientos ya se están produciendo transformaciones estratégicas y de objetivos *hacia una mayor totalidad*[2].

En todo caso, en tiempos muy cercanos de progresiva vuelta a la normalidad parece previsible que aparezcan distintos procesos de movilización. El probablemente mayoritario será la exigencia de recuperar las condiciones de vida (trabajo y prestaciones económicas) anteriores a la crisis. Parece que quien liderará esta movilización colectiva serán los diversos movimientos sindicales. Tendrían comprensión y apoyo también de mayorías sociales cuya cultura está muy marcada por la combinación de los valores y, sobre todo, actitudes que conforman la opción por la seguridad individual.

En otro escenario de movilización, aparecería la exigencia de lo público y de lo común. Me refiero a nuevos movimientos o viejos transformados que, a partir del motor y aun presencia directa de esos acontecimientos –momentos– referenciados, exigen *ya* un conjunto de transformaciones sistémicas que se expresen en un sustancial protagonismo del interés público en la extensión de la igualdad y defensa del bienestar común; en la decisión y gestión de las cuestiones medioambientales, alimentarias, etc.; y, por supuesto, en todos los ejes/estructuras del sistema económico. Son movimientos que podrían lograr respaldo de aquellos grupos sociales que, a partir de esas intuiciones y experiencias comunitarias y solidarias provenientes de la crisis, asumirían reivindicaciones tejidas con los valores de lo solidario, lo común y lo público.

Ciudadanos que, con el sentimiento –cruzado por el coraje y la esperanza– de que no tiene sentido seguir viviendo así, que hay que transformar nuestras formas de vida, pueden entender a su vez que ello exige una movilización dirigida a transformar, sistemas, contextos, etcétera en los que vivimos para hacer posible esa otra vida.

---

[2] Determinado sindicalismo presenta esta tendencia más totalizante. Otros movimientos sociales de carácter sectorial operan desde la ampliación de reivindicaciones más allá de sus demandas originales. Y, evidentemente, el movimiento feminista está *ya* en esta onda.

Finalmente, en lo que a procesos de movilización a favor de construcción de lo común se refiere, puede decirse que determinados grupos sociales ponen en marcha *lo común y su común gestión* en diversas dimensiones, tales que trabajo, enseñanza, ciudad, etc. Además, presionan para que los poderes públicos impulsen el establecimiento de experiencias de lo común en todos los espacios. Que el poder político, en este nuevo horizonte, incremente sustancialmente *lo público*, asuma la gestión de servicios públicos centrales como la sanidad, educación, crédito, etcétera y también se convierta en un instrumento de impulso –pero no de regulación– de acciones/organizaciones en todos los órdenes, basadas en la construcción, defensa y gestión de lo común.

Sin duda, un escenario postcrisis como el que resulta previsible genera oportunidades, contextos políticos y sociales que facilitan este tipo de respuestas que contribuyen a la continuidad de estos momentos, de estos acontecimientos hacia procesos de movilización y confrontación estables[3]. Algunos los veré, pero sí parece que adquieren más relevancia las oportunidades descritas que podría denominar como culturales. Con ellas, la convicción argumentada sobre la necesidad de la transformación sustancial del sistema adquiere mayor densidad, mayor fuerza. Además, ha sido una percepción vivida. Sentirse especialmente herido, marginado, vulnerado en todas las visibilizaciones a las que antes hacía mención añade aún más potencia, más fuerza a ese deseo y ahora convicción de transformar el sistema.

Tendría ahora que considerar otras dos dinámicas. O, más exactamente, dos retos. Por un lado, cómo esos premovimientos evolucionan hacia movimientos, hacia procesos organizados y estables. Bien mediante la

[3] En este sentido, han aparecido propuestas y manifiestos de distintas organizaciones y movimientos sociales que, a partir de sus dinámicas y objetivos fundacionales, por ejemplo, ecologismo o cooperación al desarrollo, dan el salto hacia opciones más totalizantes. La idea es que el nuevo escenario exige repuestas de conjunto. Así, cito Apraiz, Hernández y Etxeandia (2020); y Coordinadora ONGD de Euskadi (2020).

construcción de nuevos movimientos que adquieren un peso protagonista en la confrontación social, bien a través de la incorporación en redes y movimientos sociales preexistentes y su orientación hacia estos horizontes de transformación. Parecería más probable este segundo escenario. Entre otras razones, porque también se pueden estar produciendo transformaciones estratégicas y de objetivos hacia una mayor totalidad en los viejos movimientos. Por otro lado, también parece probable que viejos movimientos reorientados o viejos y nuevos funcionando en red encuentren apoyos significativos en la movilización social.

A su vez, otra de las dimensiones a considerar es cómo estos movimientos o movilizaciones, ya prácticamente orientados hacia la dimensión antisistémica, reciben o no el apoyo del conjunto de sectores extensos de la sociedad. Aquí tendría que señalar, sin valorar sus consecuencias, la aparición de cierto sentimiento más emotivo o intuitivo que racional en muchos sectores de la sociedad y en muchos pertenecientes también al sector de los que están dentro de lo que nos ha ocurrido. Lo que nos ha pasado “debería” hacernos pensar que deberíamos vivir de forma distinta frente a lo común, frente a la relación con los otros, etc.

Sin duda, son intuiciones que no tienen por qué derivar hacia opciones alternativas racionales. Sin embargo, qué duda cabe de que, desde las mismas, se hacen más comprensibles, más cercanas y aún más merecedoras de apoyo aquellas propuestas de movimiento o movimientos que sugieren ahora ya con razón concretas propuestas de cómo vivir en y desde lo común.

En teoría, no es descartable que en el desarrollo del escenario postcrisis confluyesen estas tres tendencias o movilizaciones en una plataforma, frente o movimiento común. En teoría. En la práctica, más que una solución razonable, va a ser uno de los retos más duros de vencer. Aunque ciertamente aparecen nuevos ingredientes reivindicativos, conciencias solidarias y voluntades unitarias, es evidente que ni siquiera el coronavirus es capaz de liquidar la vieja tradición de defender la exclusividad del *saber hacer* en cada movimiento.

A la hora de perfilar posibilidades de –al menos– asentamientos de una u otra tendencia o de una eventual confluencia de todas ellas, hay que tener en cuenta qué es lo que va a ocurrir *al otro lado*. Desde los poderes constituidos se van a articular procesos, con muchos más recursos *de todo orden*, dirigidos básicamente a operar en el escenario de la vuelta a la normalidad. Se darán confluencias (¿otros Pactos de la Moncloa?) en el terreno compartido del conflicto, de los poderes públicos con grupos o movimientos que operan en la sociedad limitando sus reivindicaciones hasta el extremo de hacerlas asumibles por el régimen político correspondiente. Entra dentro de lo más probable que la movilización social, en una primera y larga etapa, concentre toda la movilización en la exigencia de la recuperación de lo perdido. En ellas, estarán presentes las fuerzas en las que ese sea su objetivo principal o casi único pero también aquellas otras más alternativas que, sin embargo, entiendan que en esta primera etapa sí debe *priorizarse* esta fase de recuperación. Por tanto, esta dinámica plantea un reto central a las movilizaciones *altersistémicas*: lograr que la concentración en la reivindicación por la normalidad no relegue para siempre o, sin más, absorba las otras exigencias que, por otro lado (vuelvo al principio), tienen hoy significativas oportunidades para su planteamiento. Que esa potencial cultura solidaria surgida a partir de la crisis y proclive a las demandas de transformación sea también absorbida –desgastada– por todo el proceso de lucha por la recuperación.

En el escenario postcrisis, la movilización presencial –que no es el único, pero sí uno de los recursos centrales de la acción colectiva– va a resultar prácticamente imposible. En ese sentido, otro de los retos que se presenta, tanto para los grupos motores –acontecimientos, momentos– como paras los movimientos y organizaciones más estables con fines alternativos, va a ser encontrar otros recursos (*los hay*[4]) que

[4] La historia de los movimientos sociales está llena de ejemplos y prácticas de formas de acción colectiva que no son movilizaciones presenciales de compactos conjuntos. Así, por ejemplo, no resulta difícil imaginar y luego construir actos de desobediencia individual que

sean capaces de asumir las funciones de la movilización física presencial. En concreto, la impactante visibilización en la sociedad de las exigencias sociales y, al mismo tiempo, el ser percibidas por los poderes establecidos o por las instituciones políticas como unas relevantes y comprometidas exigencias que no permiten la pasividad como respuesta.

Ante estos retos de las estrategias políticas dominantes –y también políticas autoritarias dirigidas entre otras cosas al impedimento de la movilización–, en principio *sí* aparecen respuestas. En este terreno, no solo las alianzas internas entre movimientos u otros sujetos sociales sino la búsqueda de alianzas políticas con formaciones de izquierdas que puedan generar a su vez quiebras y debilidades internas en las estrategias de confrontación provenientes del poder. Por otro lado, que los relatos, los discursos, los recursos de movilización y el planteamiento de las reivindicaciones transformadoras remuevan esa que denominaba persistente, y a lo mejor crecida cultura –más intuitiva que razonada solidaria–, dirigida hacia una opinión pública activa.

Finalmente, en relación a la cuestión del autoritarismo, este se incrementará. Un trío de generales forrado de condecoraciones presidiendo una rueda de prensa dedicada a solventar un asunto de… salud pública fue un ridículo espectáculo, pero también una dramática señal de lo que viene. Ello implicará que también una de las reivindicaciones que se incorporen al *programa amplio* de organizaciones y movimientos deberá ser la denuncia del autoritarismo. Al tiempo, la existencia de represión será un factor que puede incorporar a más sectores sociales a una opinión pública más avanzada.

Para acabar, se puede decir que este que se nos presenta es un complejo panorama, pero también ofrece nuevas –y más– oportunidades para dar un salto. El *buen* salto.

---

sean presentados -y recibidos- como también una compacta red de impactante desobediencia civil.

Conclusiones

Insistiendo en las reservas y dudas que tengo sobre las posibles consecuencias transformadoras de las estrategias movimentistas a partir de la pandemia, deseo reiterar que el texto –el relato– anterior está redactado en los primeros meses de la pandemia. Ello quiere decir que la descripción que se lleva a cabo es claramente especulativa. Faltan muchos datos para evaluar las consecuencias de lo que estaba ocurriendo y, así, la especulación conduce a afirmaciones más cercanas al deseo que a la realidad. Como es un escenario muy abierto… todo es posible. Sin embargo, ahora, situados en el principio del otoño, hay bastantes más elementos para evaluar con más rigor lo que está ocurriendo. Y esta evaluación lleva a escenarios de cambios más moderados.

Así, en el fondo, lo que sigue no son conclusiones porque no son una síntesis o unos resultados que se derivan de lo relatado hasta este momento. Los acontecimientos a partir de verano, **y especialmente en la actualidad** –enero de 2021–, están definiendo un escenario bastante distinto con el que operaba anteriormente y con el que proponía las posibilidades de alguna movilización alternativa. Por tanto, lo que sigue, en realidad, es una breve reflexión final **hecha a partir de un nuevo escenario.**

El punto de partida es, una vez más, la incertidumbre. La creciente incertidumbre. En el modelo anterior, la incertidumbre, a su vez, fomentaba opciones ideológicas, intuiciones, creencias alternativas que aparecían precisamente como una respuesta y exigencia a ese insoportable vacío, a esa no compartida soledad. Sin embargo, ahora aparecen como un reto superior: el que desde la incertidumbre aparezcan este tipo de respuestas que, de forma consciente aunque no elaborada, son propuestas de lo común frente a las redes de insolidaridad establecidas. La incertidumbre *pandemizada* no solo esconde propuestas ideológicas o estratégicas que, provenientes del sistema, orientan el quehacer político. La incertidumbre ahora expresa confusión constitutiva. No es que no resulte estratégicamente adecuado para el poder decir qué es lo que debe hacerse, pues le interesa mantener un discurso

explícitamente cortoplacista, sino que realmente el sistema desconoce realmente cuál es el escenario futuro.

Este muro de desconocimiento, en cierto modo, impide tomar opciones de transformación. Antes, estas se llevaban a cabo o proponían porque se entendía que la opción de incertidumbre era una opción elaborada y, por tanto, el sistema tenía capacidad (otra cosa es que no la ejerciese) y diseño (otra cosa es que no lo ejerciese) **para, al menos, entender, con las consecuentes respuestas,** una eventual transformación. Ahora, lo que se entiende –desde fuera– es que el sistema ni vislumbra ni puede vislumbrar ninguna respuesta estratégica. Porque su incertidumbre –el no saber qué hacer más allá de recuperar una desolada normalidad (o algo parecido) y reducir fallecimientos– es **real**. No parece tener sentido la demanda de transformación cuando el que debe liderar o responder exigencias ni siquiera sabe ya lo que es la transformación.

Ello implica una cierta desafección, una cierta retirada por parte de aquellos que creen que sigue teniendo sentido luchar por lo global. Parece que lo único que de momento –probable largo momento– ven posible es plantear básica e inevitablemente de forma moderada la recuperación del escenario de la normalidad. No solo por razones de estricta supervivencia sino porque el mismo quizá generaría unas ciertas posibilidades de construir certidumbres.

Qué duda cabe de que tampoco este desierto de conocimiento y de proyección va a ser eterno. De hecho, puede ocurrir que en esta fase en la que estamos existan crisis políticas, y también *renacimientos* de propuestas ideológicas de antiguos (y nuevos) movimientos sociales que puedan hacer aparecer movilizaciones de las caracterizadas como nuevas. Podría ser. Pero parece evidente que, de momento, habrá que esperar a mejores tiempos.

Bibliografia

Alba Rico, S. (2020). Apología del contagio. *CTXT*.

Apraiz, I.; Hernandez-Abaitua, R. y Etxeandia, T. (2020). Tiempo para la audacia: actuar por la vía del ecosocialismo-feminista. *Viento Sur*.

Innerarity, D. (2020). *Pandemocracia: una filosofía de la crisis del coronavirus*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Conversi, D. (2020). Dalla pandemia alla transizione. Scenari per un cambiamento sociopolitico. *MicroMega*, pp. 1-9.

Coordinadora ONGD de Euskadi (2020). Desconfinar y globalizar la solidaridad. Por una salida justa e inclusiva de la crisis del COVID-19. [Manifiesto].

Della Porta, D. (2020). Movimientos sociales en tiempos de Covid-19: otro mundo es necesario. *Open Democracy*.

Davies, M. (2020). COVID-19: El monstruo llama a la puerta. *CTXT*.

Gabilondo, J. (2020). Apocalipsis, biopolítica y estado destituyente: la precarización en tiempos de cólera. *Apocaelipsis*.

Innerarity, D. (2020). *Pandemocracia: una filosofía de la crisis del coronavirus*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Ramonet, I. (2020). La pandemia y el sistema-mundo. *Le Monde Diplomatique*.

VV.AA. (2020). ¿Qué nos estamos jugando en esta crisis? *CTXT*.

Žižek, S. (2020). *La covid-19 estremece al mundo*. Barcelona: Nuevos cuadernos Anagrama, nº 25.